

Los jeroglíficos de la belleza: el cuerpo imposible

Margo Glantz

Fango, vendas, manchas, grafiti, saunas-guillotina: ¿el material *sine qua non* de la belleza?, ¿o el material utilizado por un “salón” donde esa belleza se persigue? De ahí el equívoco pero también la semejanza. Hay salones de belleza donde se aspira a conseguirla y hay salones donde la belleza se exhibe, son los salones de la moda y a la moda, los de la alta costura, o más modestamente, los salones del *prêt-à-porter*: salones de invierno, de primavera, de verano, de otoño. El tránsito hacia la belleza va de un salón al otro, aunque se trata de un tránsito muchas veces imposible. El salón de belleza alberga cuerpos imperfectos entregados a la encarnizada tarea de la perfección corporal. Pero el salón donde uno se peina, se maquilla, se desgrasa, exige un estatismo, el sometimiento del propio cuerpo a la manipulación de otros cuerpos o por lo menos de otras manos o de unas máquinas que lo activen, le den masaje, le pongan vendas, lo coloquen a uno en el sauna, lo embadurnen de lodo, le apliquen al pelo peróxidos y enjuagues, lo aniquilen en aras de un modelo de belleza.

¿Algunas semejanzas por ello entre un salón de belleza y la morgue? Cuando miro las fotografías de Maya Goded recuerdo a Peter Greenaway. El Greenaway que clasifica y cataloga cadáveres históricos recreados por actores que se fingen muertos, los de los ahogados en el Sena durante la época del Terror, ese fin del siglo XVIII. Enorme sofisticación de la perversidad: Greenaway evoca la época de la guillotina, la de los cuellos cercenados limpiamente por un filoso instrumento que a la vez determina una asepsia y una estética: las cabezas caen limpiamente, casi sin dolor, en perfecta simetría. En cambio los cuerpos de los ahogados del *Pont Neuf* rescatados diariamente de las aguas enlodadas del río parisino, exhiben una desnudez inquietante, son cuerpos de ambos sexos totalmente desnudos, ¿iguales? en su desnudez, en su total e impasible rigidez, y sin embargo... Cada cuerpo exhibe sus vergüenzas, cada cuerpo exhibe su diversa

carnalidad, aunque todos estén hechos de lo mismo y en la fotografía se muestre todo el cuerpo con la cabeza, las piernas, los torsos, los brazos, los genitales, y con todo cada pierna, cada brazo, cada torso, cada cara, cada genital es diverso, individual. ¿La imposible semejanza?, ¿el jeroglífico de la diversidad?

Piero Camporesi, el antropólogo italiano que estudia el cuerpo humano de otros siglos, el cuerpo medieval, el cuerpo renacentista y el cuerpo barroco, nos dice hablando de los cuerpos de los ascetas: “Cuando aún estaban vivos los grandes maestros de la abstinencia, habían llevado su cuerpo al umbral de la nada física. Esqueletos que después de la muerte continuaban conservándose, sin modificaciones sustanciales, como si estuvieran todavía en el mundo sublunar. El prodigio del cadáver intacto, sin corromper, no putrefacto (destino de cualquiera de los pobres mortales) se había preparado con una metódica y precisa descarnificación cotidiana”. Siempre me ha sorprendido la terrible semejanza que existe entre los ascetas que aspiraban a desligarse de su carnalidad, deseosos de trascender su humanidad para alcanzar a la divinidad, y el ideal de belleza actual que somete sobre todo a las jóvenes a un proceso encarnizado para aniquilar su carne y para exhibir un cuerpo desprovisto totalmente de carnalidad. ¿No es ése el ideal de la moda actual? ¿No se favorecen la anorexia y la bulimia? ¿No se exhiben las huellas de la droga en las ojeras de las modelos? ¿No intensifican los cosméticos las sombras? ¿No exhiben esas mismas modelos las huellas de una deformación corporal, como si hubiesen sido construidas a golpes o desfiguradas por el uso continuo de la cocaína? Una poeta amiga mía, la canadiense Nicole Brossard, recuerda el final de la película *Prêt-à-porter* de Robert Altman, se trata, dice, de un desfile final de las modelos en un salón de París: todas desfilan desnudas, idénticas, esqueléticas, semejantes en todo a los cadáveres de un campo de concentración. Los salones de belleza y los salones de la moda han logrado lo imposible, homogeneizar el cuerpo porque lo han privado de sus diferencias, las que su propia carne les confiere; las modelos de Calvin Klein se identifican en su corporeidad, han conquistado la belleza y han conseguido dominar su cuerpo y convertirlo en un cuerpo exhibible en los desfiles, un cuerpo dominado por los masajes, la dieta, la cirugía estética, la

liposucción. Difieren totalmente de los cuerpos de los ahogados que Greenaway exhibe en su película, cuya única identidad posible es el estado de desnudez y su condición de ahogados, pero su propia e imperfecta corporeidad los diferencia, los hace especiales, únicos, humanos, aun después de la muerte.

Texto publicado en *Luna Córnea 14. Secretos*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1998